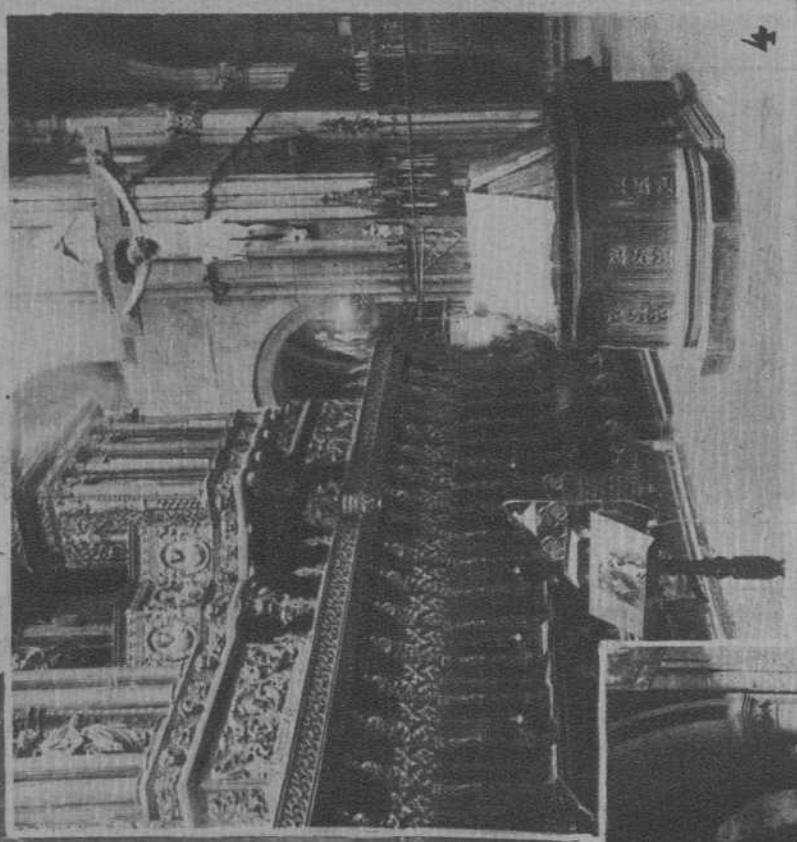
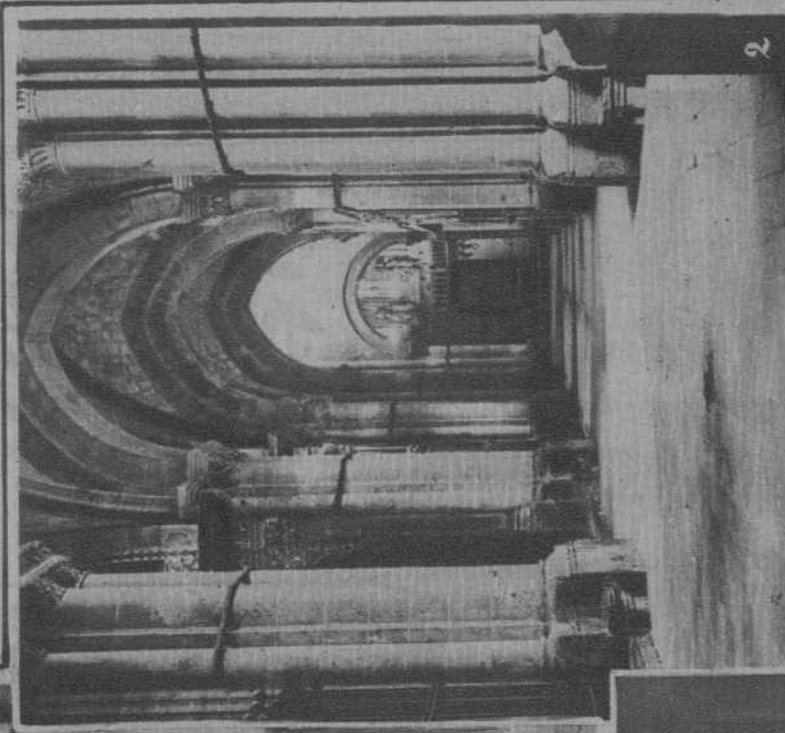
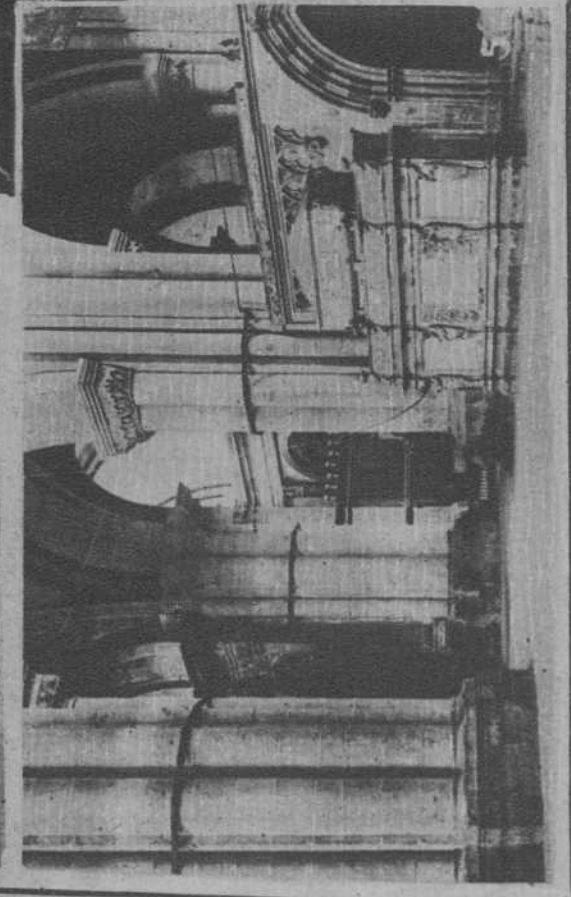
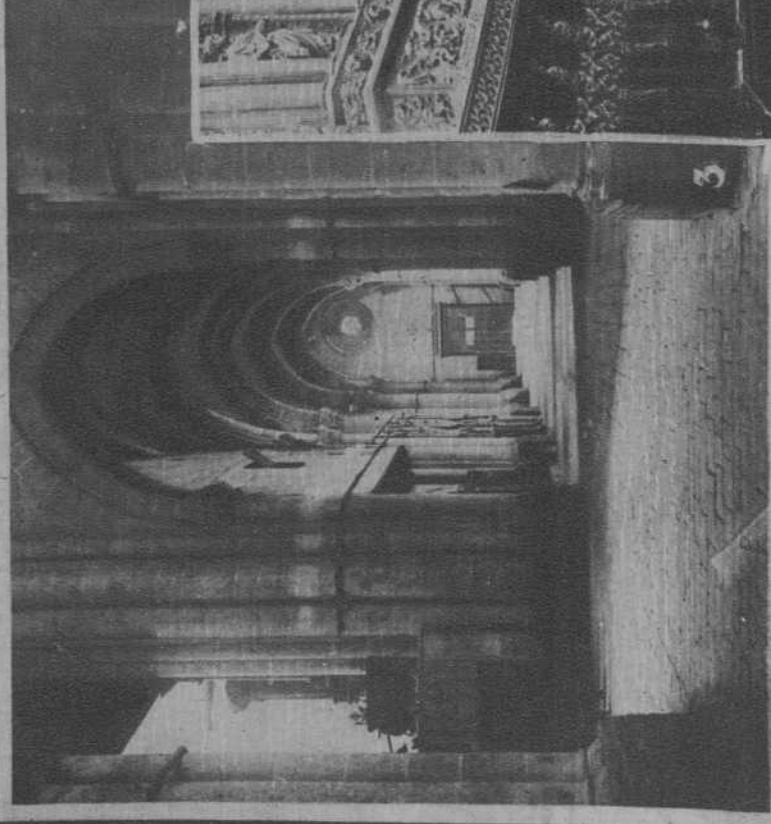
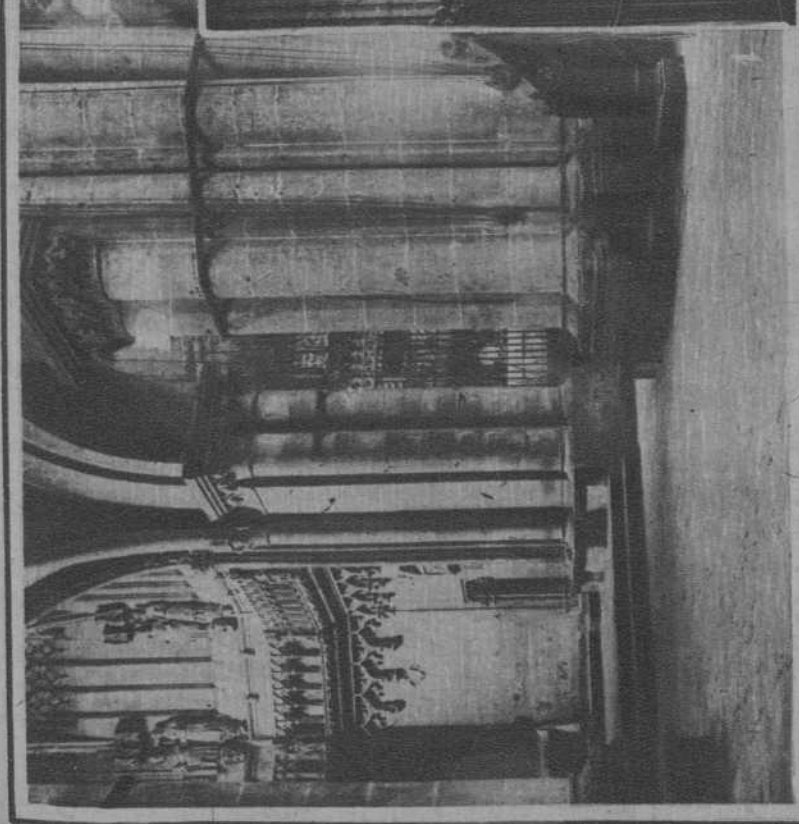


LAS BELLEZAS DE LA CATEDRAL DE FARRAGONA



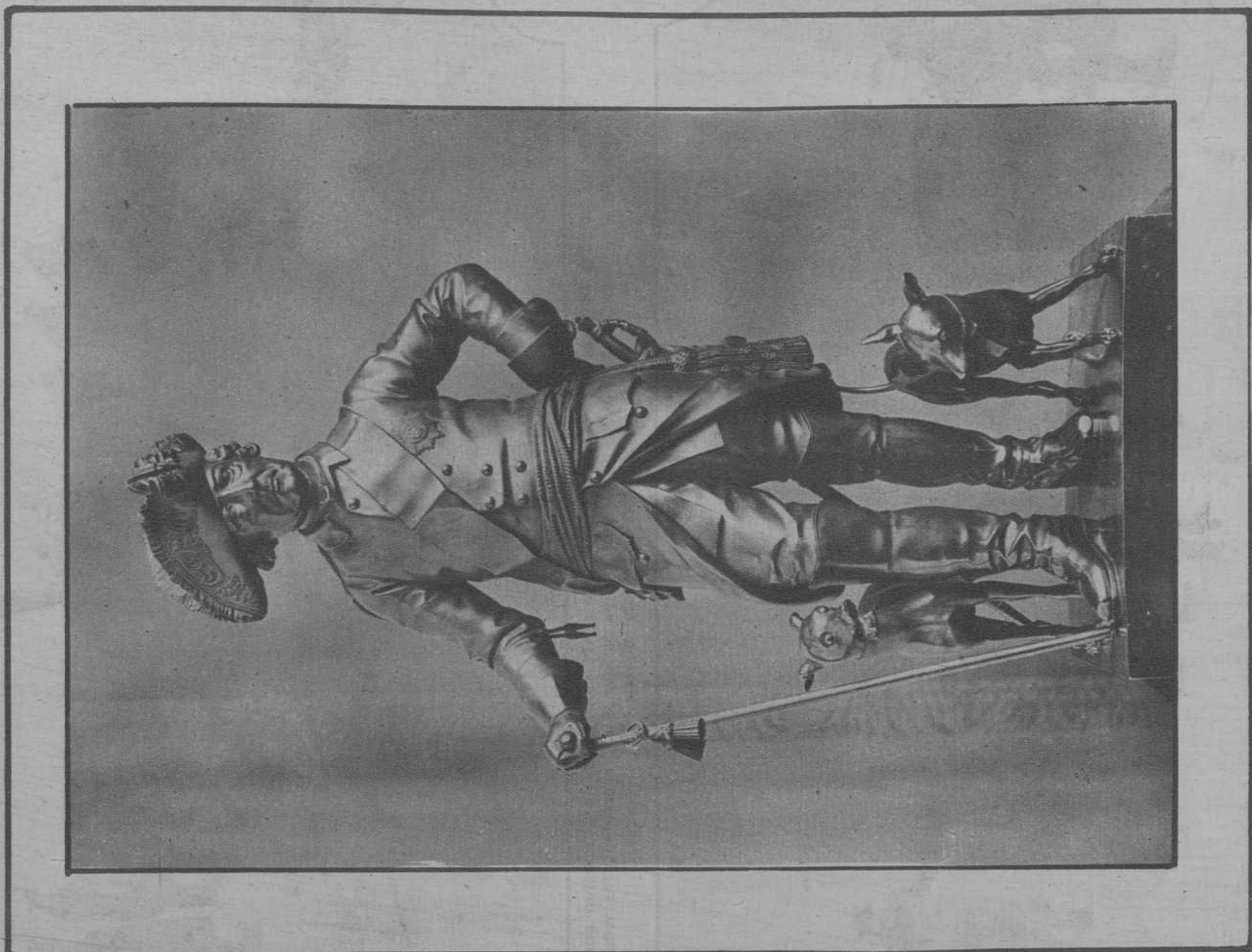
1.—Detalle del interior.  
2.—Una de las naves.  
3.—Otra de las naves.  
4.—Un detalle del Coro.  
5.—El panteón del Rey Jaime I.

(Fots. Valibo)

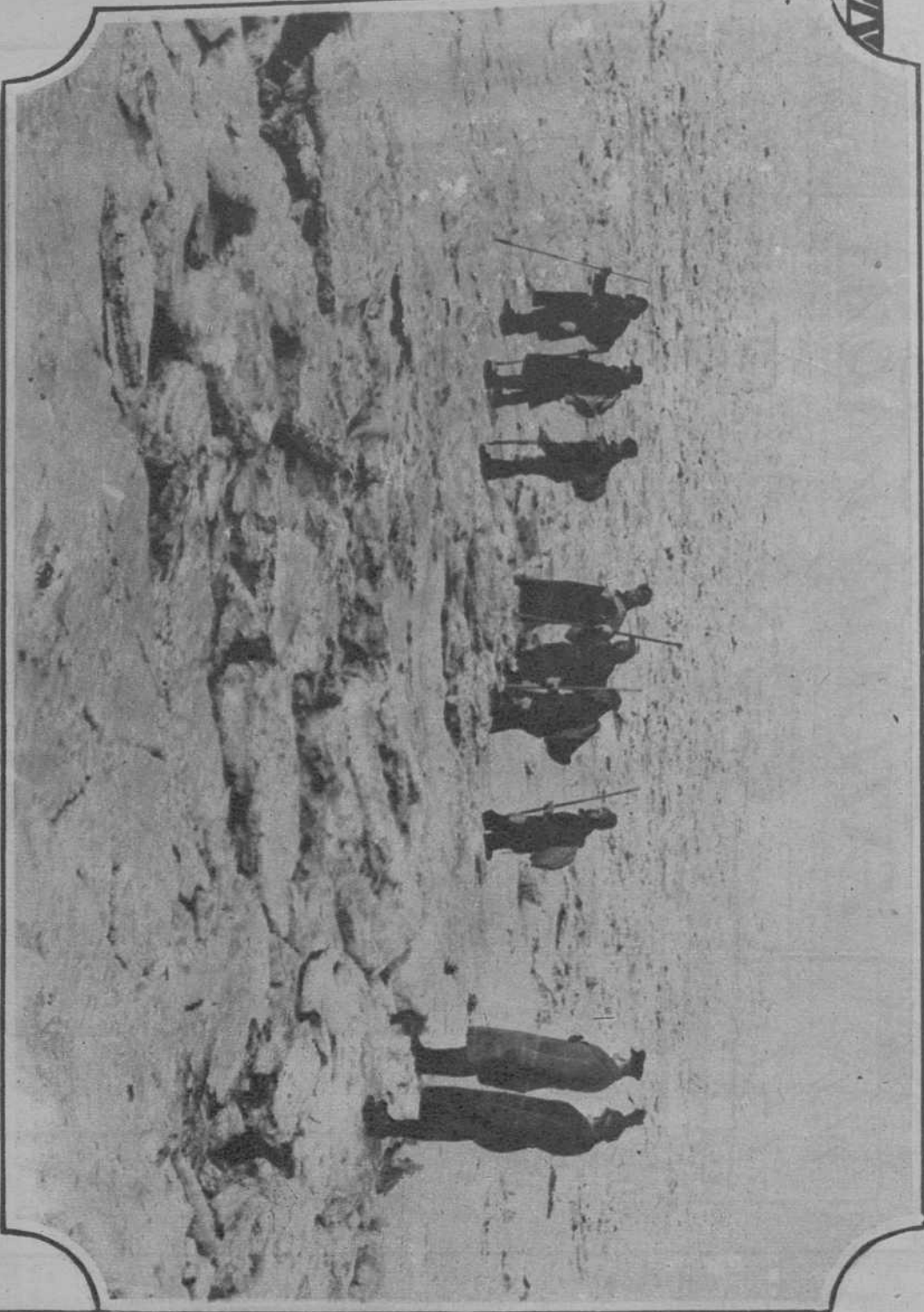
PÁGINAS EXTRAORDINARIAS DE El Día Gráfico

NUM. 150

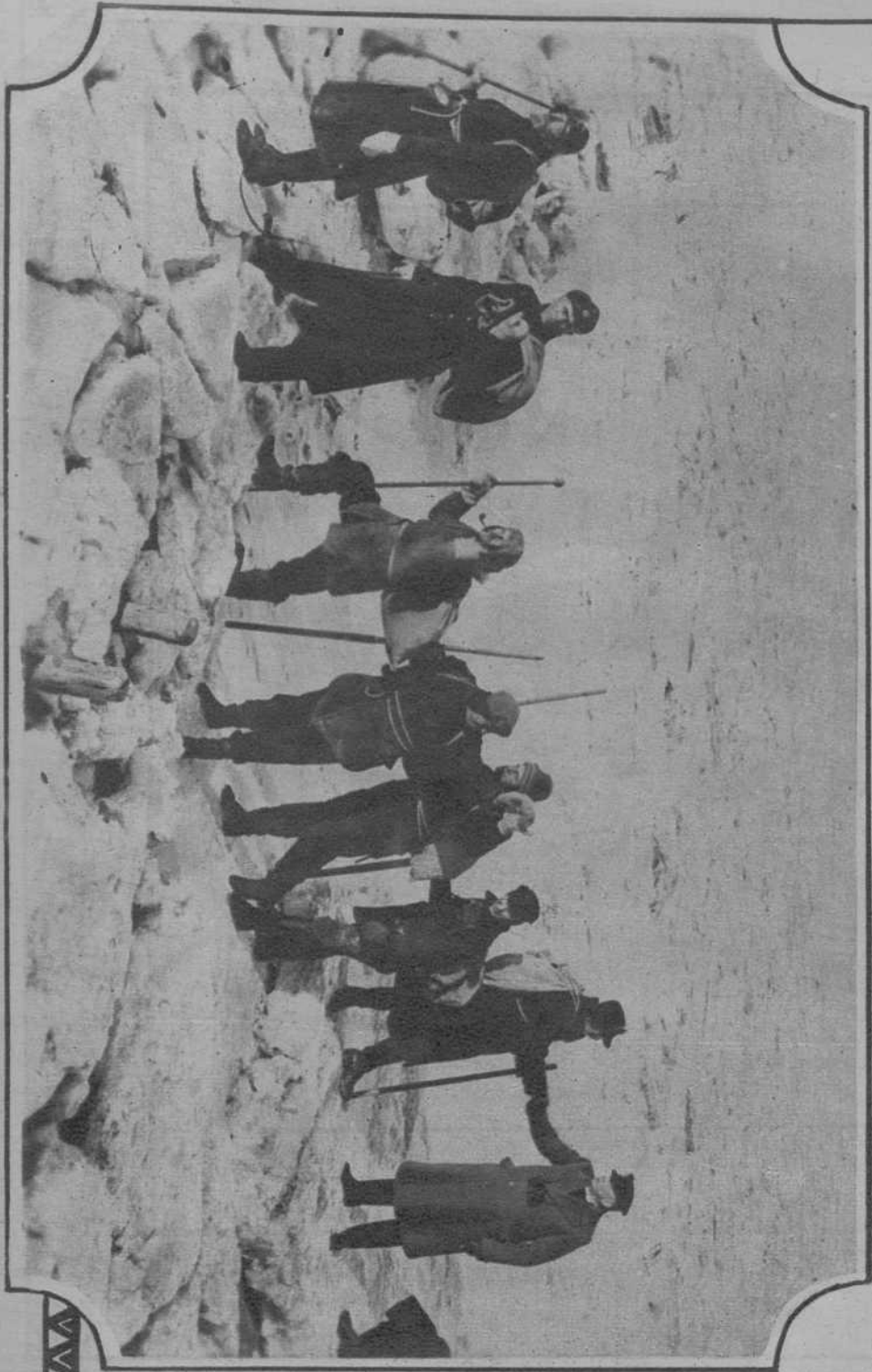
FEBRERO 24 1929



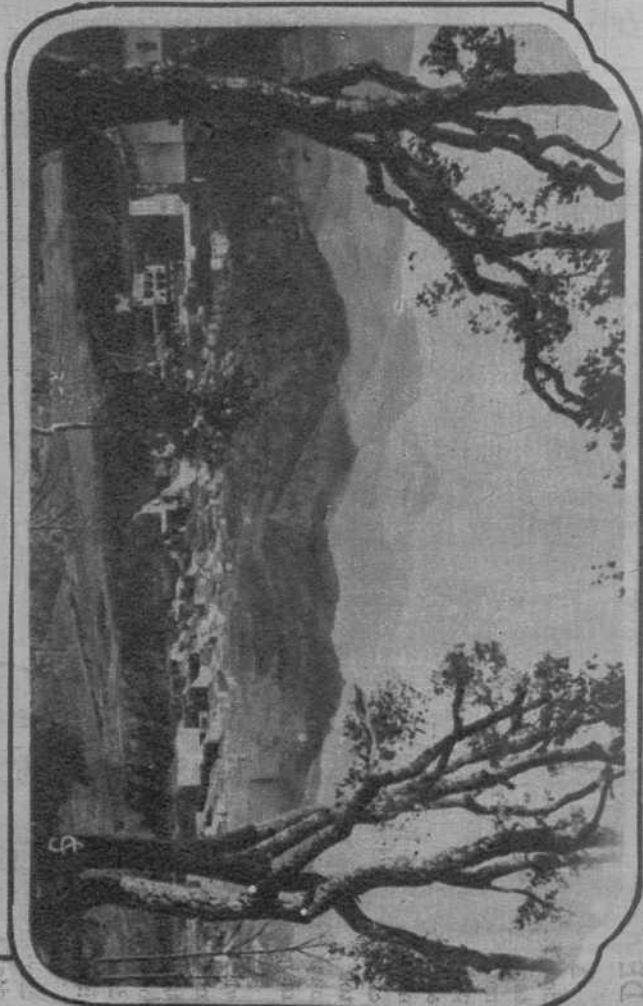
Federico el Grande, bronce de Schadow, en el Castillo de Sanssouci



En las heladas llanuras polares, todo es enemigo de la vida. Véase la desolación que reflejan estas dos fotografías de la Expedición sueca que está recorriendo las islas de la zona ártica.—(Fots. Soheri)



ARBUCIAS



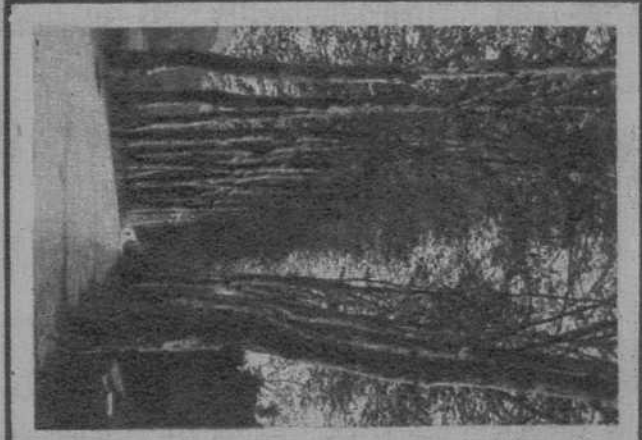
Vista general



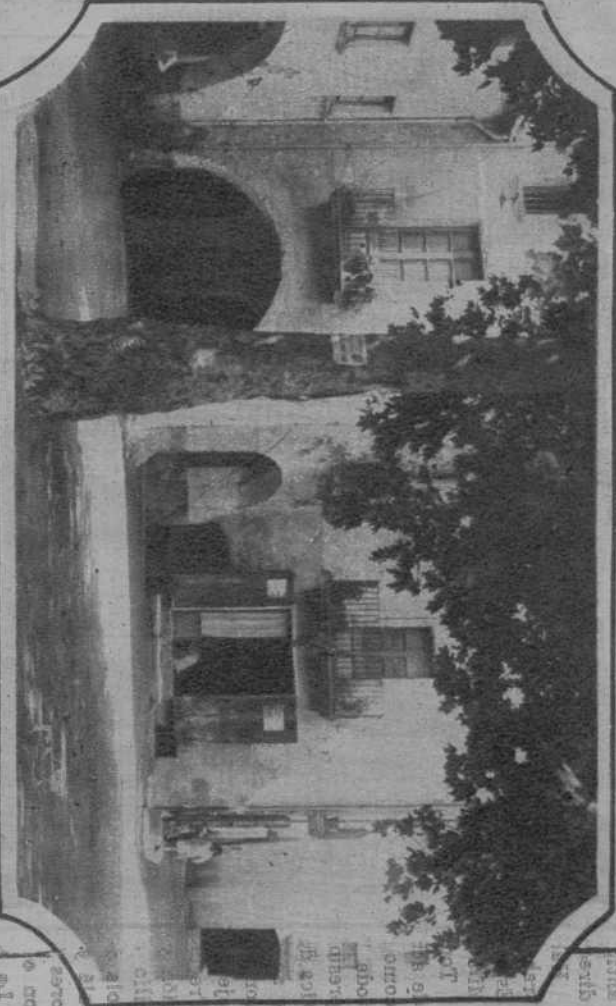
La calle del Castillo



El puente de las Pipas



La carrerola

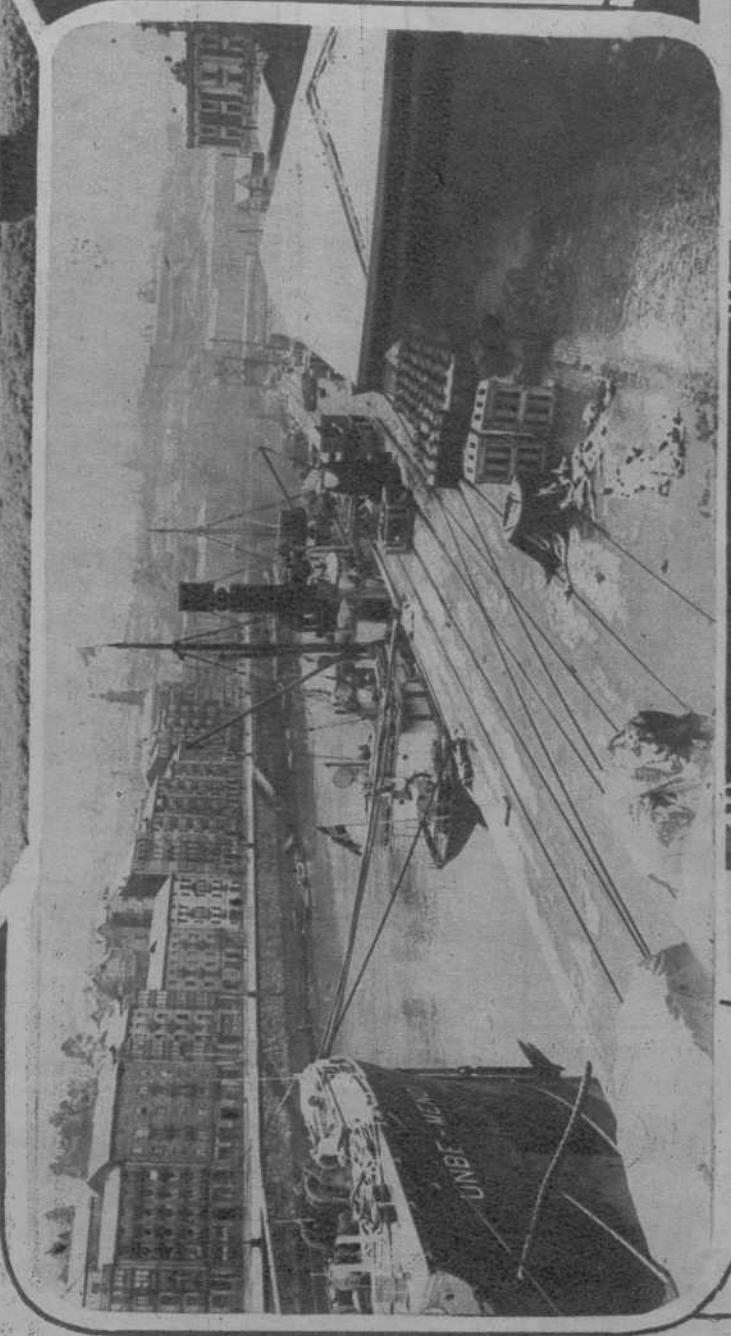


La Plaza de la Constitución. (Fots. Garreras)

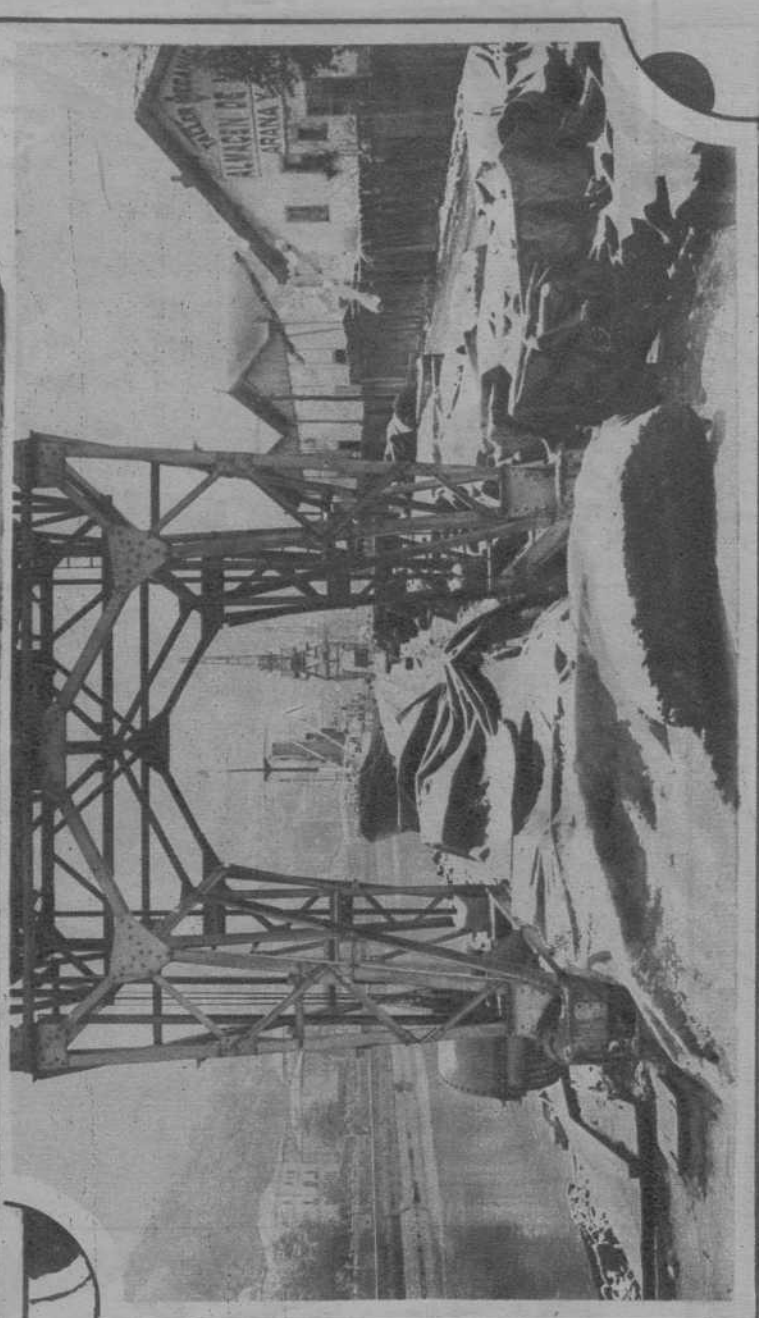
# La nieve en Bilbao



La plaza Elíptica



El muelle Uribitaro



La Ria

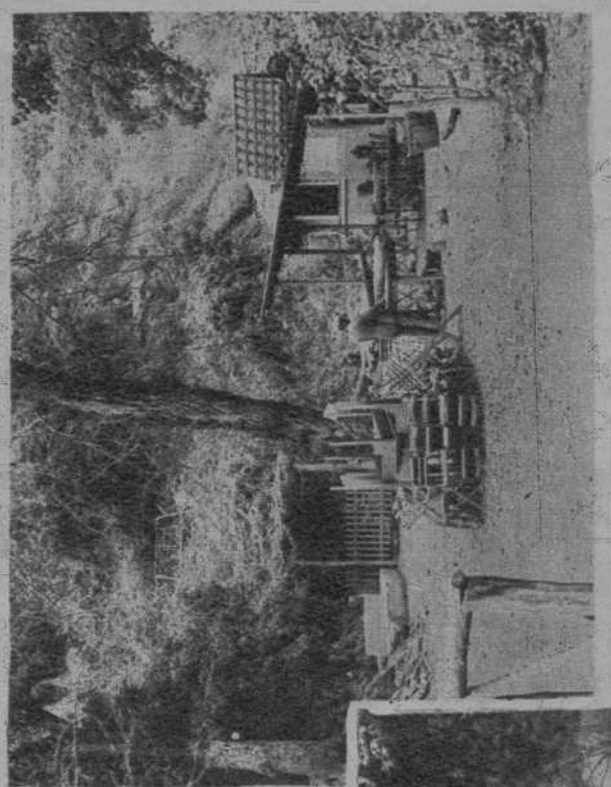
(Fots. Amado)

## LAS FUENTES DE LOS ALREDEDORES DE BARCELONA

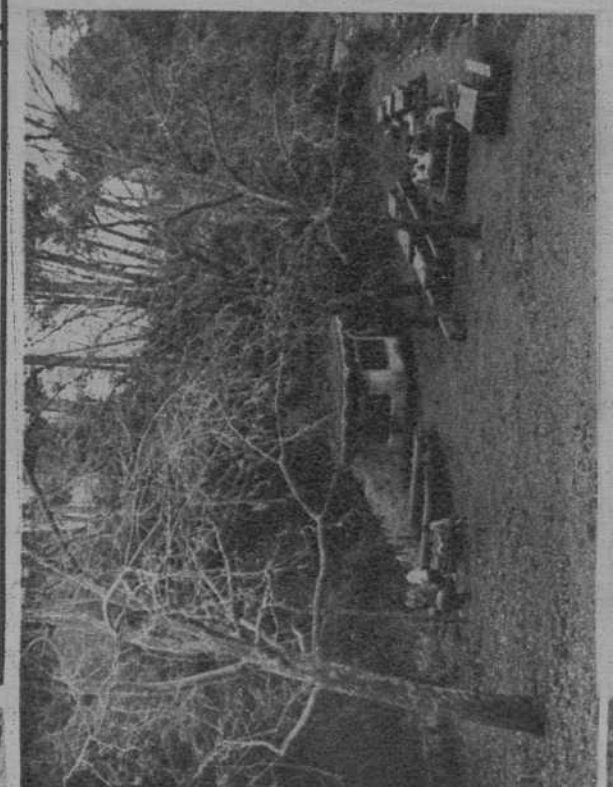
Apreciadas por sus ricas aguas y por los bellos bosques que las rodean, son las típicas fuentes de la vertiente O. del Tibidabo, lugares de apacible reposo ciudadano



La «Font de la Manigua»

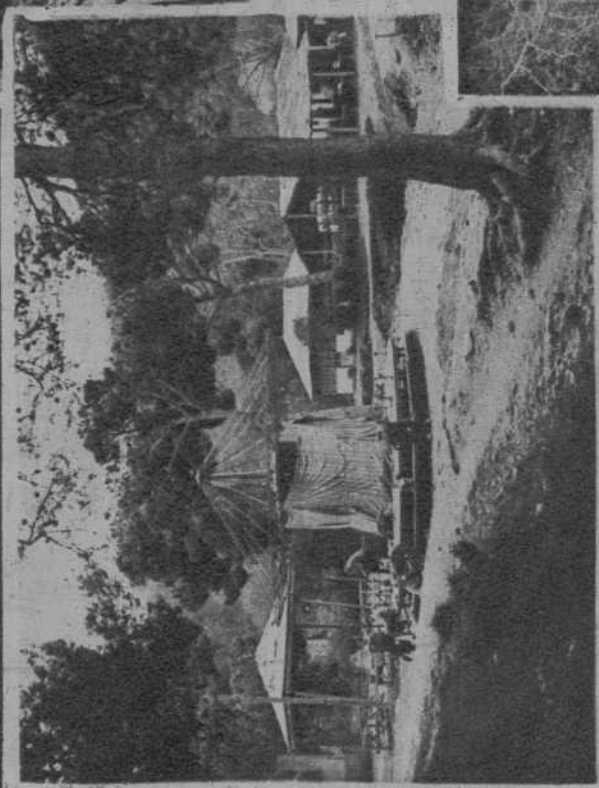


La fuente del «Mas Guimbatu»



La «Font de la Teula»

(Fots. Vilalta)



La fuente de Las Planas



INTERPRETACIONES ARTISTICAS DE LAS HEROINAS FEMENINAS DEL TEATRO QUINTERRIANO, QUE FIGURAN EN LA EXPOSICION ORGANIZADA POR LA SOCIEDAD AMIGOS DEL ARTE DE MADRID



ROSA MARIA, de «Las Flores», original de Gonzalo Bilbao



MICHELIA, de «Las Buitreras», por José Sarmelo



ROSA Y ROSITA, de «Rosa y Rosita», por Pedro Antonio



CANCIÓNERA, de «Cancionera», por Manuel Benedito



ENCARNA, de «La Zagala», por Eugenio Hermoso



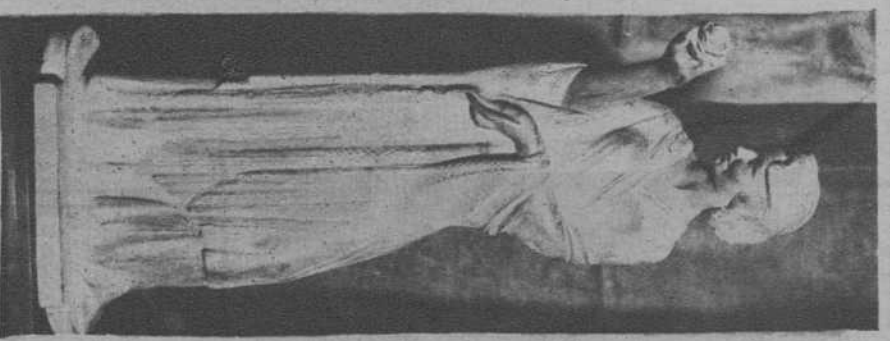
CINITA ROMERO, de «Cancionera», por González Agrada



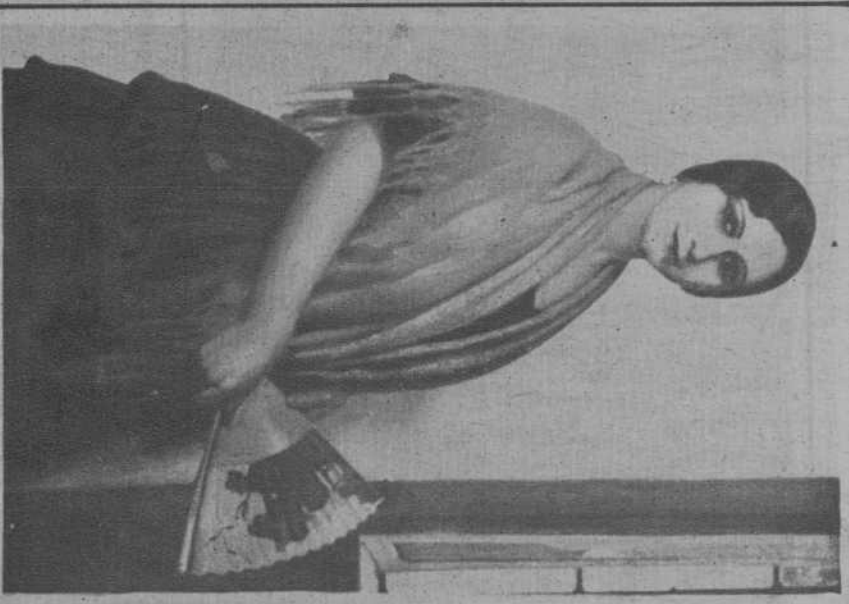
MARIA JESUS, de «Las Flores», por Lozano Sifro



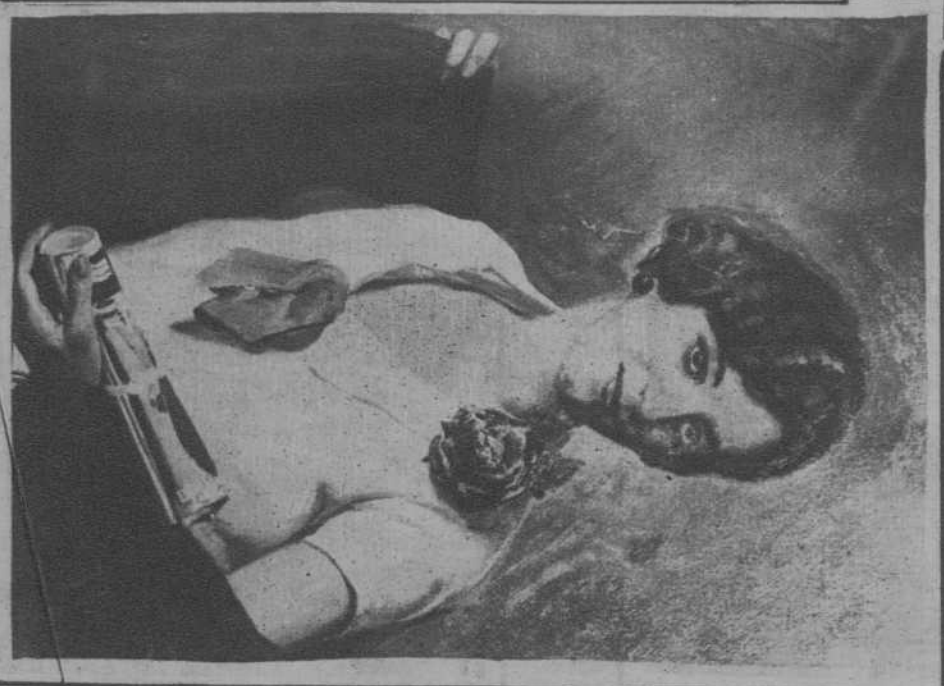
CANCIÓNERA, de «Cancionera» — por Conditur Viala



CONSOLACION, de «El genio alegre» — escultura por Pérez Comendador



JUANITA LA ROSA, de «Prebda de las Mujeres», por G. Gallardo



PIPIULA, de «Pipulola», por Juan Francés

# FIGURAS DEL XIX CLAUDIO LORENZALE

A pesar de los esfuerzos de la Junta de Comercio, y de existir la personalidad tan relevante de Campeny y artistas tan notables como Solá, Rodés y Rigalt, no podía el arte levantarse de la prostración en que había caído. Hasta los artistas de mérito, se amañaban, y de uno se decía, que con todo y dedicarse a los asuntos alegóricos y mitológicos en que el desnudo dominaba, presenciaba del natural, afirmando que ya se lo sabía de memoria.

Los barceloneses vivían alejados de la vida intelectual, encerrados dentro un limitado círculo de ideas, por culpa de la ignorancia, de la guerra civil y las preocupaciones propias de un pueblo atrasado. En todo dominaba la mezquindad y la inercia.

A partir del 1845 al 46 empieza a iniciarse cierto renacimiento, mas hasta la década del 50 al 60, no empieza la evolución artística. Hacia el año 1852, ya un grupo de jóvenes entusiastas, cultivan el arte y estudian su historia. Sobresalen entre todos, los hermanos Milá y Claudio Lorenzale.



CLAUDIO LORENZALE

En el mes de octubre de 1847, un Real decreto convierte a todas las Juntas de Comercio de España en corporaciones constitutivas, a las que en 1857, se agregaron las representaciones de Agricultura y de la Industria y constituyeron el Consejo provincial de Industria y Comercio y de Agricultura y Ganadería. Las enseñanzas de la Escuela de Nobles Artes, fundada por la Junta de Comercio en 1775, pasaron a la Academia provincial de Bellas Artes, por Real decreto de 31 de octubre de 1849.

Pocos años antes del Real decreto citado, la Junta de Comercio, había tenido el buen acierto de nombrar director supernumerario a Claudio Lorenzale, ascendéndole a numerario en 1844 y cuando pasó la Escuela a depender de la Academia, se le nombró profesor agregado de las clases elementales, y en seguida también, de estudios superiores de dibujo y pintura, encargándose en 1857 de la enseñanza del dibujo del antiguo y natural. Desde 1858 a 1885, fué director.

Habiendo residido siete años en Roma, trabó amistad con sus compatriotas Clavé, Espalter, Vilar y sobre todo, con Pablo Milá y Fontanals.

Todos los biógrafos de don Pablo están de acuerdo en señalar su estudio en Roma, como un pequeño cenáculo a donde acudía toda la juventud estudiosa a cambiar impresiones, sobre materias de historia y crítica de arte. El delicado estado de su salud y su insaciable afán de lectura, le hicieron descuidar algún tanto la práctica de la ejecución, inclinándose más a la teoría. Frecuentaba las conferencias de composición y colorido que se daban en el domicilio del director de la Academia Española de Pensionados de Roma, don Antonio Solá y contrajo gran amistad con los pintores Owerbeck y Kaulbach, lo propio que con el no menos eminente Minardi.

La amistad que Lorenzale y Milá contrajeron se convirtió en una compenetración tan honda en sus ideales, sus trabajos, procedimientos y en sus amistades que al llegar Lorenzale a Barcelona como Milá se esmeró en introducir las ideas estéticas planteadas en boga por Owerbeck, Pedro Cornelius, Schnoor y Kaulbach, con toda la esencia persistentemente naturalista del es-

Su prestigio le valió que al conmemorarse el IV centenario del nacimiento de Miguel Angel en Florencia, hacia el año 1875, la Diputación Provincial y la Academia de Bellas Artes, de Barcelona, le delegaran como su representante.

Un grande honor fué para Lorenzale, ver encamada en su persona, la representación de aquella Barcelona, que después de un largo letargo volvía a renacer, y quería ocupar otra vez el lugar que le correspondía, como antigua señora del mar latino. Allí en Florencia, emporio de las artes, alternó con las primeras figuras del mundo artístico.

Fué aquélla una fiesta digna del genio a quien iba destinada y la Junta encargada, la componían las personalidades más distinguidas. La nobleza, las artes, las letras, todas las clases sociales tenían sus representantes y a su frente presidiéndolo todo, el alcalde de Florencia, señor Ubaldo Peruzzi.

Había entre las diversas representaciones artísticas extranjeras, personalidades tan relevantes como el condeador Engherh, de la Academia de Bellas Artes, de Viena; el conde Rosen, de la Academia de Bellas Artes, de Suecia; el condeador Guillaume y Carlos Bianchi, del Instituto de Francia; Meissonier, director de la Escuela de Bellas Artes, de París; Ballu, arquitecto de la misma capital; Barbet de Jouy, conservador del Louvre, en representación del ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes, de Francia; Frackin, de la Academia Científica, Literaria y Artística, de Bélgica; el profesor Floerke, de la sociedad de Bellas Artes, de Sajonia-Weimar; Lixneven, director de la Escuela de Francia, en Roma; T. W. Burton, director del Museo Nacional, de Londres; Lange, de la Academia de Bellas Artes, de Copenhague; el profesor Lutzkow, de Viena; Medall, de Dinamarca; comandante Hahnel, de Dresde; Holmes, bibliotecario de la Reina de Inglaterra, en Windsor; Garnier, arquitecto de la Opera, de París; Americo, por la Academia de Río Janeiro y los representantes de Turquía, Grecia, etc., etc.

Nuestro compatriota fué agasajado por todas las personalidades principales y especialmente por el conde Alejandro Alvardi, senador y profesor de Estética de la Escuela de Bellas Artes, de Florencia.

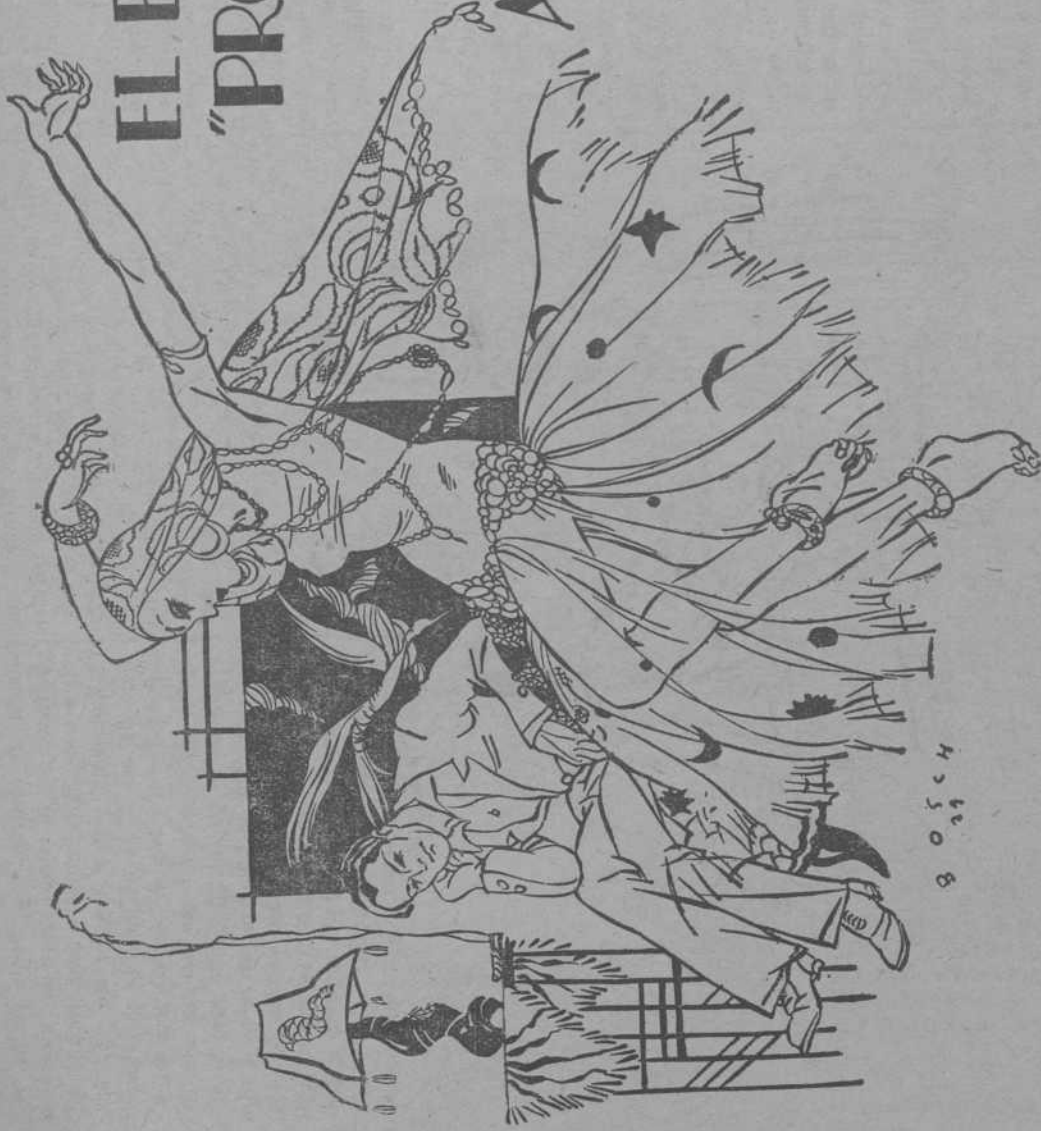
Después de un viaje por Italia para ponerse al corriente de las mejoras introducidas en las Escuelas de Bellas Artes, volvió a Barcelona muy satisfecho del brillante papel representado, ya que puede decirse fué la única representación oficial de España, pues sólo había comparecido el ministro plenipotenciario acerca del Rey Víctor Manuel, el conde Coello de Portugal y aun por su propia voluntad.

Lorenzale que había nacido en esta ciudad en 8 de diciembre de 1815 murió también en Barcelona en 1889, siendo su muerte muy sentida por aquellos sus concurridos que habían seguido paso a paso su fructuosa vida. **JOAQUIN BAS GICH**

# EL BERGANTIN "PROMETEO"

por Antonio Amonero

Ilustraciones de BOSCH



¿Es cuento lo que voy a referir? Claro es, pero tan lleno de realidad que bien se puede creer como caso histórico o sucedido.

Se vislumbraba en el lejano confin aquel barco de velas triangulares, pintado de negro, y al cual la fantasía popular le señalaba un extraño punto de origen como el Ofir bíblico o las remotas playas de la China. Es lo cierto que se aguardaba su arribo al puerto pueblerino como un suceso raro y original. Al caer la tarde, entró majestuoso en el puerto el esperado bergantín. La quilla cortaba rauda las aguas oscuras; las velas hacían gemir los tres palos del «Prometeo». Sobre cubierta manobraban hombres pequeños, de ojos oblicuos, medio desnudos bajo el bochorno del atardecer estival, y vociferando en un idioma de sílabas cortadas y ríjantes como cuchillos.

El práctico del puerto dirigió el bergantín hasta el lugar señalado como fondeadero. La muchedumbre curiosa esperaba que anclase el barco y saltasen a tierra los tripulantes para verlos y oírles de cerca; para escudriñar en sus rostros, en sus palabras, en sus ademanes, y quedar satisfechos de aquello que deseaban saber: es decir, qué cosas encerraría en la bodega del misterioso «Prometeo» que arriba de los mares desconocidos.

Ya casi de noche, fué bajado de la cubierta un bote largo y estrecho, como piragua india pintado de verde, una e cala de cuerda se dejó caer a estribor, y comen-

zaron a descender algunos de aquellos hombres, que se movían dentro del bergantín. Hasta doce marineros bajaron rápidamente, y luego, como un dios de las más viejas mitologías, descendió también un anciano de arrogante figura y barba blanca. Sin duda era el capitán, puesto que los marineros se inclinaban reverentes ante tal señor. Ya dentro de la piragua, remaron los hombrecillos hasta el desembarcadero, y la multitud de curiosos se agolpó para verlos pisar tierra levantina.

Sólo saltó sobre el muelle aquel anciano que debía ser el capitán del bergantín. Le recibieron las autoridades, y lo encaminaron entre todos ellos hacia el Consistorio. Vestía el hombre del barco un largo ropaje rojo, y una especie de fez blanquísimo pendía un curvado alfanje con empuñadura de oro, que se movía al caminar. En verdad, resultaba extraño aquel viejo, como un dios de las más viejas mitologías; y más aun al morir el crepúsculo de la tarde estival entre incendios de púrpuras y rubies.

—O—

Aquella noche había luna llena, y al filo de las doce, encaminé mis pasos, hacia una colina que se alza enfrente del mar, y en la cual quedan restos de un templo erigido por los griegos, fundadores del pueblo, en honor de Artemisa. Siempre me ha sido grato contemplar durante la noche las venerables reliquias de tiempos pre-

téritos; además, necesitaba escalar la colina del templo de Diana para figurarme a la luz de la luna la gran impresión que debieron recibir los navegantes focos al distinguir la magnífica enseña que forma el Mediterráneo en aquellos lugares. Subí a la colina, y comencé a gozar el silencio maravilloso de la noche, perturbado levemente por el rumor de las olas que fulgían a causa del cabrillo de la luna sobre los movibles cristales.

De repente, apareció ante mis ojos asombrados el alma en pena que vaga entre las ruinas memorables. Era el anciano del bergantín; pero parecía un sacerdote de Artemisa que saliese del templo de la diosa, o un fantasma mejor, de las más remotas civilizaciones orientales. Embebecido en el recuerdo histórico de Grecia, ya no me acordaba de aquel hombre ni del misterioso bergantín, y así fué más intensa la emoción que recibí al verlo. Por su parte, el anciano vestido de rojo no demostraba la más ligera sorpresa, y sonreía hondosamente, adelantando con los brazos cruzados sobre su pecho.

¿Qué ideas invadieron mi mente? Recuerdo sólo el estupor de una escena disparatada que me hallaba sentado.

Con aquel hombre que no sabía expresarse en mi lengua natal; con aquel hombre que tendría que usar el lenguaje mímico para que yo le entendiese, o que se marcharía sin saludar siquiera para reintegrarse al seno del misterioso barco, el cual se alzaba impenetrable en medio del

mar. Pero, ¿quién es capaz de discernir respecto a las cosas extraordinarias cuando aun en las usuales tanto se extravía el buen juicio.

Sucedió, pues, aquello que meos esperaba: el viejo de la barba de nieve cono- cía divinamente nuestro idioma castellano. Se calmó al punto mi zozobra, reaccioné ron mis sentidos, y volví a ser el hom- bre que soy, un poco dispuesto siempre a esbozar todas las extrañas contingencias. Y bajo la plata de la luna, junto a las ruinas del templo griego, y frente al mar rumbero y luminoso de civilizaciones, aquel aparecido y yo comenzamos a dis- legar de la manera que sigue:

—No extranará, caballero—comenzó por decir el viejo—, que un hombre nacido en lejanos países venga a visitar este pu- blico levantino, y menos aun habrá de sorprenderle que vague como un fantas- ma, a la luz de la luna, recordando las fiestas del pueblo griego. Todos somos al- do deudores de la Heliade divina, y un mi- sero pensamiento nos ha juntado aquí esta noche inolvidable.

—En efecto—contesté—¿el pensamiento de la Belleza?

—De la Belleza y del Dolor; esto es, el pensamiento de la Muerte. Hay una voz se- creta que nos instiga a que caminemos siempre, sin descanso, buscando lo nuevo, lo nunca visto. La voz severa que oírás siempre el Judio Errante es también nue- tra voz interior. Caminamos a toda hora, ya sean nuestros pies los que nos lleven; bien sea nuestro corazón con sus amores y sus odios, o nuestro cerebro con sus ca- viaciones y fantasmas. No podemos des- cansar, hasta en sueños, vamos siempre caminando, caminando. Somos las voces del viento vagabundo que suspira por el re- poso sin hallarlo jamás.

—¿Nació usted lejos de aquí?

—Lejos y cerca, puesto que sólo nos se- para una breve distancia que vence más cada día el progreso; aunque también me junta a todos más cada hora el dolor. A orillas del Extrátes, nació el vuelo de la blanca paloma de Somtramis me envolvió con todos sus misteriosos anhelos. ¿Y us- ted, es levantino?

—Soy de aquí, de este mismo pueblo.

—Igual da una cosa que otra! ¿Qué im- portan al Señor del universo nuestros in- ves contrastes de raza y de lugar?

—Díe usted bien, caballero; comparado nuestro planeta con el mundo sideral, ¡qué pequeña es la distancia que separa nues- tros países! Pero, ¿cómo conoce tan co- rrectamente nuestro idioma?

—He viajado mucho y estudiado sin des- cansar, creyendo, fuso, que me sería pos- sible describir los grandes enigmas. Por todos los caminos, se alcanza sólo una ver- dad: el dolor. He buscado en lo profundo de todas las religiones, y no he logrado saber ni el origen ni el fin de nuestra vida, ni qué remedio sería suficiente para curar nuestra desdicha, nuestra infelici- dad. El Amor que es un gran bien, sólo produce tristeza si del verdadero Amor se trata. Mi visión del mundo terrestre es deplorable, amigo mío; comprendo que es inútil la ternura! ¿Qué redenciones han logrado las grandes figuras después de in-

molar la existencia en aras del amor uni- versal? ¿No cantamos la alegría, porque venimos muchos dolores por doquiera e infi- nidad de ojos que lloran y de manos que se tuercen en la desesperación?

—¡Oh, señor extranjero, está llena de pesadumbre vuestra palabra!

—No hablemos, pues; dejemos que vue- len los pájaros de la noche bajo el cenital de la luna, y enserremos nuestro pensa-

desde que descendimos de la colina. Nos sentamos en el suelo, sobre las pieles. El silbato de plata volvió a sonar, y apareció al punto un negro servidor con una ban- deja de oro llena de botellas y vasos de formas raras. Bebimos en silencio de al- gunos licores de sabroso paladar que de- tramaron en mi ser un río de gozosos pla- ceres. Volví de nuevo el servidor, y dijo unas palabras al hombre vestido de rojo. Este asintió con el gesto, y se levantó ágil como un muchacho. Salí erguido y son- riente mientras murmuraba:

—El Dolor se cura sólo pasajeramente con la Voluptuosidad.



nimiento dentro de su estrecha jaula sin de- jarle remontar el espacio. Y si quisiere acep- tar una copa de un licor que calma las angustias que llevamos dentro del cora- zón; pero que las calma pasajeramente, descendamos de la colina, saludemos estas reliquias del templo de Diana, y marche- mos hacia el zigurita. La solemnidad de la medianoche llegue hasta nuestras en- trañas doloridas.

Al llegar junto al embarcadero del nue- lle, el extranjero sopió en su silbato de plata. La piragua india pintada de verde, se despegó del lado del bergantín, y avan- zó rápidamente hacia nosotros. Al entrar en la zona de luz, semejaba un calman arrastrándose sobre las aguas. Embarca- mos, y un minuto después estábamos sobre cubierta.

En vez de bodega, tenía el barco un es- pacio rectangular bastante extenso, y ador- nado ricamente a la manera oriental. Pie- las de pantera y antlopes; estroillas de la- cas; muelles albornos de colores fuertes; colinas de la más refinada moche, separ- cidos por el suelo un poco desordenada- mente. Y también, pebeteros de plata y de bronce dorado, en los canales se quemaban perfumes exquisitos. Todo aquello, me- dio iluminado por luces entre pantallas verdes y amarillas que ponían sombras y claros oscuros en los ángulos del magnti- fico salón.

Penetré allí detrás del anciano vestido de rojo que no había despegado los labios



# Pasatiempos



¿Cuándo nos lo vas a contar?

(Por C. ONHILEDA)

**D a**

ENERO

Tiene poca importancia...

(Por C. ONHILEDA)

**: 0**

Un largo viaje

(Por C. ONHILEDA)

¿Y la familia?

(Por PEPITA FELIXAS)

**1,000 I NOTA**

PELIGRO el enfermo

Tarieta

(Por AUGUSTO TORA BORRAS)

**Amador Raczori**

Combinar las precedentes letras de forma que resulte el nombre y apellidos de un jugador de fútbol.

**Charada**

(Por PEPITA FELIXAS)

Me encontraron de este modo: de pluma-dos a una tres; por eso me llaman todo

Futbolístico

(Por T. GUEMITOS)

**2 a**

x RIO o

FRUTA

Los hijos

**DDDD**

INCI C SIVOS - E

Se ha solucionado

**NOTA Q : pariente + II**

PARA PESAR

(Las soluciones, en el Extraordinario del próximo domingo)

Soluciones a los pasatiempos publicados en el Extraordinario anterior:

A las charadas:

1.ª, Varta.

2.ª, Discobolo.

Del todo: Enteramente.

General prusiano: Bismarck.

En el campo: Salta-montes.

Tarieta: Angel Gutierrez. María Bazo.

Otra charada: La Cierva.

¿Cómo están los jugadores?; Entremuñados.

Acuse de recibo

José Babelis Samora.—Sus pasatiempos —¡ay!—, no me sirven. No me sirven nada más que para lamentar que no me sirven. Pero no se desanimen, qué caramba, insista y ya verá cómo al fin, «trihunamos».

T. Nerul.—He recibido sus pasatiempos, pero no he recibido sus pasatiempos. Mejor dicho: he recibido unas cosas que usted dice que son pasatiempos, pero que yo digo que no son pasatiempos, aunque usted haya pasado el tiempo haciéndolos. Y como no son pasatiempos (se lo juro a usted que no lo son), me es imposible publicarlos en esta ineluzible página de «Pasatiempos». ¿Está claro? Otra vez será.

C. Honhilda.—Mi corazón sensible, me ha conducido a publicarle dos de sus compri- midos, que están muy bien. Dicho sea ahora que no está usted delante.

Augusto Torá Borrás.—Si algún forzado historiador se decidiera a escribir mi bio- grafía, habría de titularla así: «Historia del hombre que no sabía decir que no». Y así es, en efecto: imire que publicarle «tarjetas». En fin, un día es un día. Pero, por- Dios ¡dejémos ya en paz a los futbolistas!

Pepita Felixas.—Muy bien la charada y muy bien la familia, señorita.

T. Gueimitos.—Vea lo que, respecto a los señores del balón, digo al amigo Augusto Torá. Y reflexione acerca de mi magnánimi- dad publicándole en su geográfico. ¡Ah, bueno, y perdóneme que haya «colaborado»!

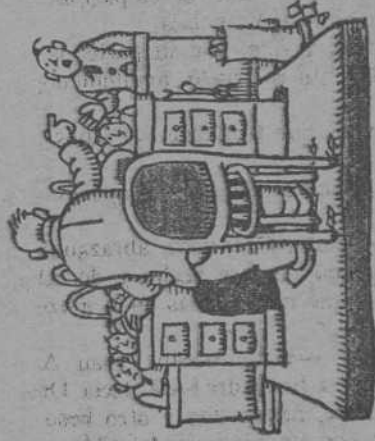
NOVELARUKY

## El Día Gratuito

**CUPON**

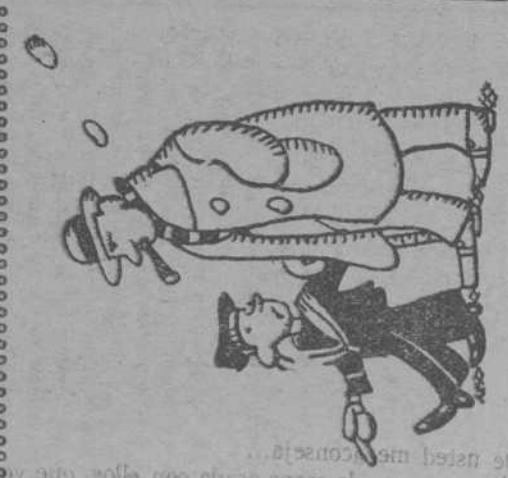
QUE ME PERMITE ACOMPAÑAR A TODO ENVÍO DE PASATIEMPOS

EL PROFESOR EXPLICA UNA LECCION DE FISICA



La noticia que había recibido de haberse desmembrado de la armada turca Uluch Ali el Argelino. La formación de combate era in de media luna; en la ala izquierda formaban las naves del veneciano Barbarigo, que para no ser envuelto se había acercado a la costa todo cuanto pudo. El centro se componía de sesenta y tres galeras al mando del generalísimo, secundado por Colonna y Verdero y llevando como lugarteniente al comandante mayor de Castilla, Requena; el ala derecha la componían unas sesenta galeras a las órdenes de Doria, y la reserva fuerte de treinta y cinco buques, iba mandada por Alvaro de Bazán, marqués de San-Cruz.

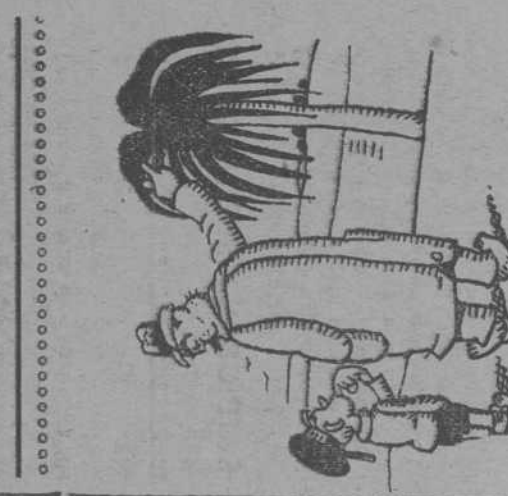
La Armada turca, más numerosa que la de la Liga, formaba también media luna estirada en tres cuerpos: uno mandado por el Virrey de Alejandría Mehmet Siroko; otro a las órdenes de Uluch Ali de Argel, y el último, o sea el centro, a las de Perceña y Ali, llevando a retaguardia una escuadra de socorro. El generalísimo turco, a la vista de la Armada cristiana, temió luchar con un enemigo muy fuerte, dándose cuenta de que el corsario que le había enterado del número de naves que mandaba don Juan de Austria, se había equivocado o lo quiso engañar. El plan general de la Liga era que cada comandante se esforzara en no dejar romper la línea, y una vez elegido un enemigo, empujar el combate, lanzándose al abordaje en cuanto fuese posible. Comprendiendo don Juan de Austria que los espioneros de las galeras presentaban más inconvenientes que ventajas, mandó cortar el de la galera real, siendo el ejemplo seguido por todos los demás jefes. Mientras tanto, la escuadra enemiga avanzaba con dificultad, porque el viento, hasta entonces contrario a las naves cristianas, se había vuelto contra las proas turcas, dificultando sus operaciones al par que favorecía a las contrarias. Un cañonazo disparado por la galera de



Papá. ¿No te molesta en el tren ir de cara a la locomotora? ¿No te entran chiribitas en los ojos? ¿No te hace daño el aire? Nada de eso, hij mío. —Entonces, papá, cuando vayamos, me dejes tu sitio.

cifijo sujeto a la punta de una lanza, tomaron a su vez la ofensiva, abordando la nave de Mehmet Siroko, quien pereció en la refriega, al propio tiempo que expiraba Barbarigo al recibir con inmensa alegría la noticia de la victoria obtenida por los suyos. Mientras tanto la lucha seguía en el centro, habiendo los españoles rechazado por dos veces un intento de abordaje. Don Juan fue herido, aunque levemente, en un golpe, y todos los generales y soldados combatían con ardor, rivalizando con el valor, desplegado por sus jefes. Un momento de flaqueza por parte de los turcos, al ver caer, sin sentido, herido de un balazo en la cabeza a Ali Bajá, fué aprovechado por los españoles, lanzándose al puente de la galera enemiga, consiguiendo, por fin, arrollar al enemigo. Rematado el generalísimo musulmán, por un arcabucero español, cortóle la cabeza que presentó a don Juan de Austria, quien reprimió horrorizado la horrible acción, ordenando que tal sangriento trofeo fuese arrojado al mar.

Aunque ya resonaban los gritos de victoria, no había terminado el combate en toda la línea. El último encuentro lo sostuvieron las galeras de Uluch Ali y las de Andrés Doria, auxiliado por el marqués de Santa Cruz. Los esfuerzos de ambos capitanes no pudieron evitar que, declarada la derrota del Virrey de Argel, éste consiguiese escapar, salvándose con 40 bajelas. Aunque las pérdidas de la Liga en hombres y barcos fueron muy sensibles, el botín encontrado en las naves turcas apresadas, fué uno de los más ricos trofeos de aquella memorable batalla, en donde debió ser arrebatada a la Sublime Puerta la supremacía en el Mediterráneo si los vencedores hubiesen sabido sacar todo el fruto de la victoria, y no se hubieran dejado dominar por envidias y discordias, olvidándose de que las riquezas del Imperio otomano eran más que suficientes para reconstituir su escuadra en un plazo brevísimo.



Mira hijo. Ahí tienes un suavec llorón. —Pero no llora, papá. El padre (que no sabe qué decir): —Es que se olvidaron de plantar cebollas a su alrededor.

Páginas infantiles



en mayo, un día sí y otro no, un huevo, hasta poner desde media docena hasta veintete; pero cada uno de estos huevos los pone en el nido de otro pajarraco, aprovechando una ausencia de sus moradores y teniendo buen cuidado de tirar antes uno de los huevos que allí se encuentran, para que no noten la falta. De manera que el cucu confía a otras aves el cuidado de su progenie.



EL CUCULLO  
fuerte que sus compañeros de nido, no tarda en expulsarlos, quedando el dueño de la situación y devorando toda la comida destinada a otra prole, por ser esta ave muy glotona.

Tan curiosa costumbre, que ha dado pie para que el vulgo llame «cucu» a quien se aprovecha en beneficio propio del esfuerzo ajeno, haría odioso a este pájaro si no fuese sumamente útil, por devorar gran cantidad de insectos, especialmente toda clase de orugas peludas que los demás pájaros no quieren, de manera que nada se pierde que esta especie se propague a espensas de otras.

El llamado «cucu» real, es otra especie de la familia de las cucullidas, que suelen dejar su huevo en los nidos de las arañas y de los rabliragos. Esta ave se distingue por tener un morito y la cola muy larga, y su grito en vez del conocido «cucú», del verdadero cucu, lanza una especie de «ki-ki-ki».

A esta misma familia pertenecen algunas aves sudamericanas muy interesantes, como el «quiraquira», un cucu mojado y el «judo», llamado también «samurito». Ave de oscuro plumaje y abultado pico, y el «indador», denominado así porque cuando descubre una colmena silvestre, con sus estridentes gritos y movimientos indica su hallazgo hasta que acuden hombres o animales de los que gustan de la miel y destruyen los panales.

El objeto de esta curiosa ave al dar tan ostensiblemente noticia del hallazgo, parece ser el de obtener así con menos riesgo las larvas de las abejas, haciendo como vulgarmente se dice, que otro le saque las castañas del fuego. Este original volátil vive en Africa, aun cuando en la India y el Archipiélago malayo hay especies afines.

E. S. N.



HISTORIA NATURAL  
EL CUCU  
Los cucos o cucullidos como se les llama en lenguaje vulgar, tienen muchos puntos de contacto con los «turacos» de la región etióptica, poseyendo el mismo pico encorvado, la cola con diez timoneras y el dedo exterior vuelto hacia atrás junto al primer, pero no presentan los vivos colores ni el plumaje sedoso de aquellas lindas aves africanas.

El cucu de Europa es un ave muy pequeña, pues apenas si llega a tener unos treinta centímetros de longitud, con la cola larga y el plumaje gris por encima y blanco con bandas grises por debajo.

En nuestro país vienen en abril para marcharse en septiembre; aquí cría o mejor dicho hace que le críen sus hijos otros aves.

La bembra, en efecto, empieza a poner huevos terminan con el dolor; la juventud, en la vejez; el amor, en la pérdida del objeto amado; la vida, en la muerte odiosa.

—Levantino, así habló el Maestro del Nirvana y de la Ley, en tanto que de sus ojos caían dos lágrimas de emoción; así debió hablar también aquel Prometeo esquilano que amarraron los dioses a la peña caucásica para que los tigres devorasen sus entrañas... Pero es la hora de partir; la noche sabática ha pasado; los caballos de Fucione relinchan en el azul. Perdón, caballero, que tengamos que despedirnos. En mi corazón, hay un santuario para todos los hombres. No podré olvidar que os he conocido admirando unas ruinas paganas.

No supe qué contestar. La pesadumbre de las palabras del anciano seguía impresionando mis sentidos. Me despedí con un abrazo. El viejo Ioraba en una inimitable ternura. Un instante después, desentranándose ya, contemplaba desde el puerto cómo se alejaba el negro bergantín de cara al Oriente, espolvoreado de oro por los primeros rayos del sol que se reflejaban en las blancas velas.

Un rato quedó inmóvil; el barco se perdió en la lejanía, y marchó a vorter en otras playas quizá, bajo nuevos cielos, esa ternura íntima y agria que dejó en mí corazón; esa ternura de sabernos todos los hombres hermanos en la cierta fraternidad del dolor.

(De nuestro Concurso de Cuentos)

imposible devolver el dinero. En virtud de auto judicial el taller pasó a propiedad de Juan Fust.

Los persistentes estudios e investigaciones de eruditos y de los biógrafos de Gutenberg, permiten afirmar que éste, al cabo de unos años, otra vez se dedicó al arte de imprimir aunque no en taller propio, y que a ese periodo de su vida, corresponde la famosa obra titulada «Catholicon», de Juan de Gauna, dirigida por el mismo inventor, obra insignie de la imprenta primitiva, que se publicó en 1460.

Hombre desgraciado en sus empresas y faltar de recursos, Gutenberg, para rehabilitarse se acogió a la protección del arzobispo de Maguncia, Adolfo, de que poco disfrutó, pues el autor de tan portentoso invento falleció el 26 de febrero del año 1468; en el preciso momento en que el síndico de la ciudad, doctor Humery, publica un edicto en virtud del cual iban



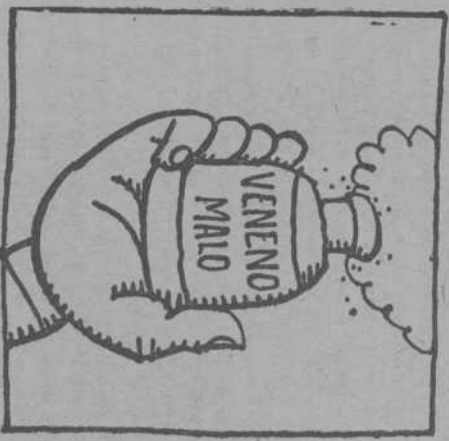
GUTENBERG

a serie devueltos a Gutenberg algunos formos (o moldes), letras y varios utensilios. El trabajo más importante de Gutenberg es la Biblia llamada de «cuarenta y dos líneas», número de que cretan las columnas, empresa magna y obra admirable, compuesta de dos tomos gran folio de 324 y 319 páginas respectivamente.

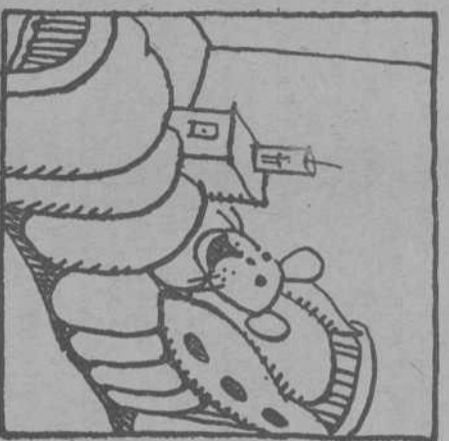
También se debe a este célebre impresor, la mayor parte de la composición del famosísimo «Salterio», estampado con iniciales a dos tintas. Entre los monumentos dedicados a perpetuar su memoria, están el de Estrashburgo y el de Maguncia. En esta última ciudad, existe el Museo Gutenberg, cuyo objeto es coleccionar y hacer asequibles a todo el mundo los documentos referentes a la invención del arte de la imprenta, su propagación y desarrollo y los monumentos especiales, y esto en la mayor escala posible.

E. S. N.

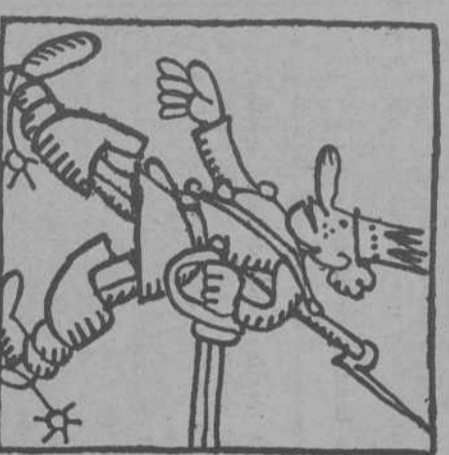
Historia breve y sencilla, de Narigón y Chatilla.



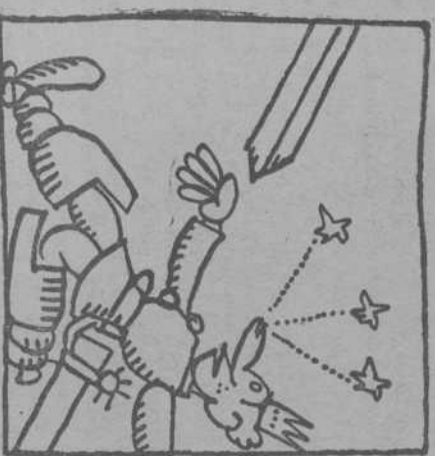
Ventura fué que el veneno nada tenía de bueno... (Hasta los venenos son torpe mixtificación).



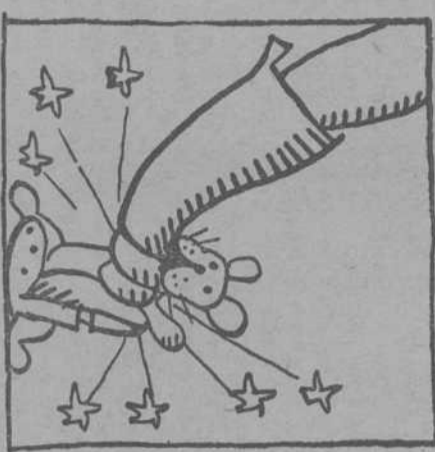
Con una simple bebida Chatilla volvió a la vida y pasado el primer susto, casi saltaba de gusto.



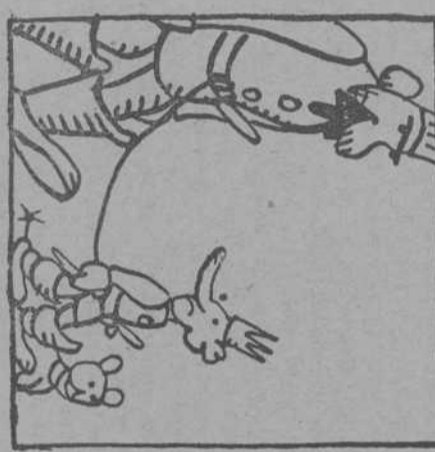
puesto que así, Narigón, previno la tracción, y hecho un bravo caballero salió a luchar rudo y fiero.



Luchan los dos enemigos cara a cara y sin testigos, pero que Narigón a causa de un resbalón.



Y allí hallara el pobre fin de no echar de Duguesclin, mordiendo en la pantorrilla del enemigo, Chatilla.



Vencido por el dolor se entrega pronto el traidor y Narigón, arrogante, vuelve a su reino, triunfante.

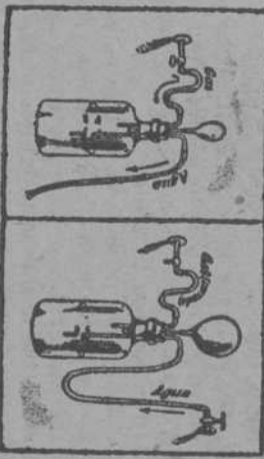


Muchas veces, a la alegría de recibir un globo de esos con que los grandes almacenes os obsequian, habrá seguido la desilusión de que el aerostato, a las pocas horas, perdía su prestancia y dejaba de mantenerse en el aire. Ocurre, sencillamente, que se les ha escapado el gas.

Para llenarlos de nuevo—aunque lo mejor sería tirarlos y pedir otros—podrís usar el siguiente procedimiento:

Cerrar una gran botella de agua con un buen tapón; dos que apenas asomen por la base del tapón, y uno que llegue casi al fondo de la botella.

Uno de los primeros se enlaza a la espiga de gas mediante un tubo de caucho; al otro se aplica el globo, atándolo fuertemente por el cuello; el tercero, mediante otro tubo de caucho, se une con el grifo del agua potable y se separa de él cuando converge.



Abrese la espiga del gas, y separando del grifo de agua el tercer tubo y dejando colgante el de caucho, por él se vaciará el agua de la botella, mientras ésta se va llenando de gas.

Las figuras acbarán de daros clara idea de cómo debe hacerse.

Enseñanzas ejemplares

«SED BREVES»

Posiblemente, todos los niños habrán visto el cartelito que suelen poner en la mayoría de los despachos, recomendando la brevedad en cuanto vaya a decirse. No es novedad el amor al laconismo. Los antiguos y en particular los espartanos, eran, prácticamente, hombres de pocas palabras. Ved, si no, algunos ejemplos: Un general persa—escribía Lisandro— jefe de los lacledemonios: «Si entro en Grecia pondré todo a sangre y fuego. Lisandro le replicó solamente: «Si...»

Para terminar, recordemos que «en boca cerrada no entran moscas» y que «al bucan calar Haman Sanchez».

ANECDOTARIO

CRISTALES DE AUMENTO

Luis XV, visitando un Museo de su patria, detúvose ante una vitrina. Había descubierta en ella unos lentes de nueva invención.

—Vanos a ver—dijo el rey—si son mejores que los míos.

Pisose los lentes y fué a leer un papel que parecía haber puesto el azar al alcance de su mano, pero que había sido colocado intencionalmente y que contenía unos elogios desmesurados del monarca. Entonces, el rey rechazó desdefensamente los lentes, diciendo: —Los míos son mejores... Estos aumentan demasiado las cosas.

PRESENCIA DE ESPIRITU

Un embajador de Carlos V cerca del emperador turco Solimán II, habiendo sido invitado a una audiencia general del sultán, advirtió al entrar en el salón imperial que para todos había asiento menos para él y comprendiendo que los turcos habían querido demostrar así su desprecio por el monarca español al cual representaba, ocultó su disgusto para evitar un escándalo, pero quitándose la capa, hizo con ella varias dobleces, dejándola en el suelo a guisa de asiento.

Cuando hubo terminado la audiencia, levantándose del sultán y dejando la capa donde estaba plegada, salió del salón sin volver la cabeza.

—Señor—dijo un oficial—, ¿olvidáis vuestra capa?

—No—contestó—, no la he olvidado, pero los representantes del rey, mi señor, no tienen la costumbre de llevar su asiento sobre las espaldas.

La respuesta fué trasladada al sultán. Este, lejos de irritarse, aprobó el gesto de altivez del embajador español, haciéndose buen amigo del personaje que había sabido hacer respetar su dignidad de hombre y embajador.



LA BATAJILLA DE IEPANTO

El deseo de acabar para siempre con el poder marítimo de los turcos, que hacía difícil la navegación por los mares a los buques de las demás naciones, reunió en una confederación o Liga Santa a Roma, Venecia y España, cuyas fuerzas debían mandar como generalísimo, don Juan de Austria, hijo del emperador Carlos V.

El puerto de Masina fué el designado para reunirse las flotas aliadas, llegando a sumar, entre grandes y pequeñas, más de trescientas naves. Venecia aportó 106 buques, además dos galeras, llamadas galeras, toscamente construidas y armadas con más de cuarenta cañones cada una; pero mal equipadas, por lo que don Juan mandó que algunas fuerzas españolas pasaran a ellas. España envió menos galeras que la república veneciana, pero mayor número de fragatas y buques de menor porte, y el pontífice había enviado doce galeras y seis fragatas. El conjunto de fuerzas puestas al mando de don Juan de Austria, entre soldados y marineros, ascendía a unos 80,000 hombres.

Detenidos algunos días por el temporal, al amanecer del día 17 de septiembre de 1571, las flotas reunidas emprendieron la marcha, convocando el generalísimo Consejo de generales, no sólo para oír el parecer de todos, sino por que así lo había ordenado el rey Felipe II, su hermano, temeroso que el ardor juvenil le precipitara. Compartida su opinión por los principales capitanes, Alvaro de Bazán, Requesens, Cardona, Barbarigo, Colonna y Alejandro Ferraris, don Juan de Austria decidió directamente al encuentro del enemigo.

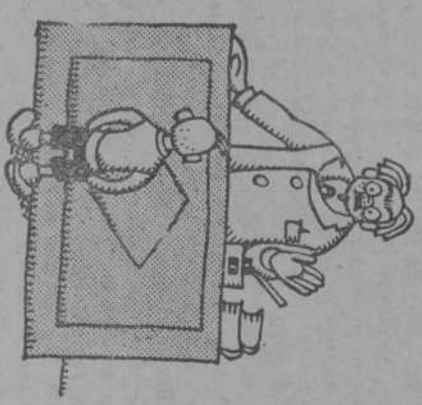
El 26 de septiembre hallábase la armada en Corfu, de donde partió el 28 para la isla de Cefalonia; el 30 hizo alto en la Garmenizza, y por fin, el 5 de octubre, dio fondo en Cefalonia, donde el generalísimo supo por un bergantín de Gandia, la rendición de Famagusta y las iniquidades horribles cometidas por Mustafá.

Estas nuevas hicieron encender más aún el afán de combatir a los turcos y exaltáronse los ánimos con el deseo de vengar a sus hermanos.

Antes del amanecer del día 7, hizo a la vela la escuadra cristiana, encontrándose a las pocas horas frente a la costa de Albania, a la altura de las islas Cursoleares, en donde una galera de Dorra, que iba de descubierta, dió el aviso de la presencia de la flota enemiga. Compúntase esa flota de 250 buques con un ejército de 120,000 hombres entre soldados y marineros, a las órdenes de Ali-Bajá.

Don Juan de Austria, desoyendo el consejo de algunos generales, Dorra entre ellos, mandó embolvar el estandarte de la Liga, y disponerse en orden de combate, pues ya no era hora de aconsejar, sino de combatir.

Su afán de trabar combate no era sólo obra de su ardor juvenil, pues lo aumentó



Profesor.—¿Cite dos cosas opuestas. Alumno.—La risa y el llanto. Prof.—¿Qué media entre una cosa y otra? Alumno.—La nariz.